

ASÍ LE ESCRIBIO EL INSIGNE ECIJANO BENITO MAS Y PRAT Y DESEÓ FELICES PASCUAS A SUS LECTORES, AL FINAL DEL AÑO DE 1882, A TRAVES DE UNA PUBLICACION ESPAÑOLA.

Diciembre 2017
Ramón Freire Gálvez.

Llegamos a finales del año 2017, que nos deja y que, el *día de los locos precisamente* (el primero que escribió sobre la fiesta de los locos en Écija fue Benito Mas y Prat, como comprobarán en alguno de los artículos que he recopilado), me ha dejado una *puñalá* en el corazón, como a muchos ecijanos, pues se ha llevado este maldito año a quien tanto me ayudó en mis ilusiones literarias, mi amigo Javier Pastor, el de *Codiar*, que en más del noventa por ciento de mis libros, fue el alma mater de su impresión.

Pero no fue solo a mí, sino también en el carnaval ecijano (cuánto se le debe por ello) y en otras cositas relacionadas con Écija. Yo estaba convaleciente, cuando le llegó el maldito mal que se lo ha llevado para delante. El *Juani de la perla* (su tío político) me dijo que por wasap le mandara lo que quisiera, pero su estado no le permitió contestarme. Solo me queda el recuerdo de la ayuda que le presté, cuando la injusticia de la vida, se llevó también *palante* a nuestra querida Yolanda, ecijanista y solidaria en todo momento, pero este 2017, que ojalá acabe pronto, me ha dejado una puñalá más en mi corazón familiar y de amigo, con la marcha de Javier.



Ahora es muy fácil decir que buena persona era y todos los adjetivos que vertimos sobre una persona cuando se nos marcha, pero para Javier Pastor, no hace falta que se haya ido a la imprenta celestial, para que le consideremos bueno y solidario, de siempre lo fue. Yo, amigo mío, que no he tenido fuerza ni para asistir a tu sepelio, sigo luchando con lo mío y si tengo que acompañarte cualquier día, te buscaré y toma nota en la paz de tu descanso,

pues vamos a hacer un libro que tengo empezado y que se llamará "*Ecijanos en el cielo*".

De todas formas, al año que se acaba, como siempre, habrá ido mejor o peor para todos, dependiendo los que no haya deparado, sobre todo en la salud y el bienestar (yo, por ahora, no me puedo quejar por la segunda oportunidad que me ha dado la vida y de la que ustedes, queridos lectores míos, han sido testigos directos de mi evolución).

No es cuestión de quejarse a nivel individual, pues como aquel famoso dicho del sabio, que recogía hierbas para poder alimentarse, al mirar hacia atrás, pudo ver, como había otro que iba recogiendo las que a él se le caían, por lo tanto, habrá que estar dispuesto para todo lo que la vida nos vaya deparando, con mayor o menor dolor, pero siempre ilusionados en un mejor y brillante amanecer.

Mi predilección por el ecijano Benito Mas y Prat, no creo que le quepa duda a nadie, por ello, mi insistencia en recuperar cuánto encuentre sobre el mismo a lo largo de su truncada vida literaria y este es uno de sus artículos.



Antes de entrar en su contenido, comentarle sobre la fotografía acompañada, que la misma se contrae a un recorte de prensa de 1924 (*Escorial*), informándose en que se le tributó un homenaje a su memoria, con la colocación de un busto de este ecijano, dentro de una glorieta, en

el interior del Parque de María Luisa de Sevilla.

Este homenaje a Benito Mas y Prat, dramaturgo ecijano, fue construido por iniciativa del profesor Enrique Real Magdaleno y costado por suscripción popular. El proyecto fue del arquitecto Aníbal González y fue inaugurado el 2 de Mayo de 1924. En dichos pilares se abren unos anaqueles para libros y en las otras caras contienen obras del pintor José García Ramos sobre escenas costumbristas sevillanas, copiadas en azulejos por Enrique Orce y realizadas por la fábrica de Ramos Regano (*Sevilla vida y leyenda*).

Y así, como decía anteriormente, en la búsqueda de muchos de sus escritos, libros, poemas y artículos, dentro de ellos, tengo el que voy a insertar en este capítulo, que lo escribe en Diciembre del año de 1882, cuyo día 31, según los datos existentes, cayó en domingo y el mismo aparece publicado en **LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS, del día 1 de Enero de 1883**, de la que era colaborador y que, en definitiva, es como sigue:



“Año 6590 de la Creación del Mundo, según el Padre Petavio, 5866 del Diluvio Universal, 4212 de la población de España, 636 de la invención de la imprenta y 2º de la publicación de la *Ilustración Artística* de Barcelona.

Es decir, un año todo nuevo, como sus hermanos; que comenzara por uno de los siete días de la semana y terminara con San Silvestre.



Cuando nace un año, las horas se desnudan, es decir, se visten de ligeras gasas como si fueran damas en traje de baile y esperan al recién nacido, que viene al mundo reclinado en un rayo de luna de enero.

¡Como laten los corazones de los hombres al verle llegar tan fresco, tan rozagante y tan hermoso!

Un año nuevo es un presente misterioso del tiempo, un jirón del porvenir que se muestra poco a poco a nuestros ojos; una caja misteriosa como la de Pandora, que no siempre suele contener plagas o pájaros.

Por eso los habitantes de la isla de Java remontan, al morir diciembre, sus cometas, símbolo de la ilusión que pende de un hilo, y los japoneses arrojan de sus casas a



los malos espíritus, apedreándolos con habas negras durante la última noche; por eso nosotros admitimos los plácemes y las felicitaciones con ceremoniosa sonrisa y damos la última peseta de aguinaldo al primer adulator que nos sale al paso.

Con el año nuevo sueñan el bachiller en ser doctor, el cadete en ser general, la viuda en un nuevo consorte que *le saldrá* pasados los trescientos sesenta y cinco días de luto; el Tenorio en una nueva serie de conquistas amorosas y el hombre público en una victoriosa etapa parlamentaria.

La virgen de rostro pálido y ojos azules, *la bella creatura de blanco vestida*, espera *la vitta nueva*, la florida juventud del año, la estación de los sueños color de rosa con fimbrias de oro; sin embargo, podrá acontecerle lo que a aquella poetisa que se le paso un año sin mayo conversando con los tiestos de flores de su ventana.



Podrá escapársele la primavera.

¡Cómo se van los años y tras ellos los días y las alegres horas de nuestra pobre vida! decía Meléndez Valdés, dejando correr la pluma melancólicamente.

¡Malditos treinta años funesta edad de amargos desengaños!

Exclamaba Espronceda (foto izquierda), pasándose la mano por su melena romántica, y recordando como Lope lloraba la vejez de su sotana en un soneto lleno de Plutarcos, Platones y Jenofontes.

Uno y otro se quejaban sin razón; ni el tiempo se va, ni tiene nada de maldito; nosotros somos los pasajeros y los maldicientes.

El tiempo no es más que la sucesión de las cosas, dicen unos; el tiempo es lo que las acaba, dicen otros; el tiempo no es más que el complemento del espacio, digo yo para acabar de involucrar el asunto.

Al finalizar el año se borran todas las fechas. Las efemérides, sin embargo, vuelven con notable pertinacia otra vez; no hay memoria, por rebelde que sea, que logre escapar al incesante martilleo del calendario.

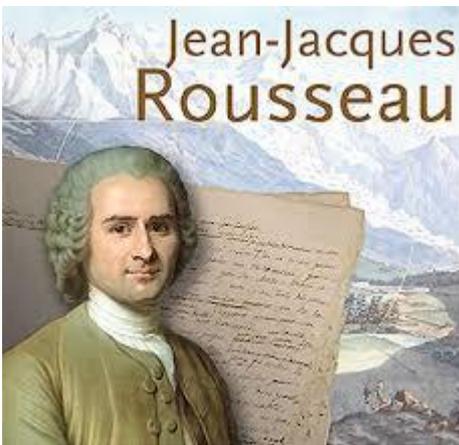


La viuda reincidente, por ejemplo, duerme mal la noche de difuntos, come peor el día del santo de su muerto y se levanta al amanecer la mañana que lleva la fecha de su primer día de matrimonio.

El asesino recuerda la hora del día o de la noche en que hirió a su víctima, y suele ver su rostro al resonar las inflexibles campanadas. Si fue en octubre, las hojas secas están como sus mejillas; si fue en abril, las amapolas parecen empapadas en su sangre.

No ocurre lo propio al que hace víctimas amorosas.

El asesino de honras suele recordar las circunstancias del crimen con fruición u olvidarlas completamente.



La razón de este fenómeno la halló Bécquer en esta admirable frase: ¡Como el muerto está en pie!...

De un año a otro adquieren las cosas, para nosotros, ciertos lineamientos especiales de que no podemos darnos cuenta.

Es que la fantasía se encarga de pintarlo todo; hasta lo que no hace

sombra.

Yo tuve un amigo que vivía en una preciosa casita semejante a las que encantaban a Juan Jacobo Rousseau; con su precioso jardín, su templado hogar y sus puerta-ventanas verdes; pues bien, solo conoció lo que valía aquel nido de santos placeres viviendo en un espléndido hotel lejos de España.

No conoció esto solo. Conoció además lo que valía su esposa, joven, bella y honrada, a quien abandono villanamente escapando bajo el corpiño de una bailarina italiana que cantaba en la mano como las alondras.

Corriendo los años pasan cosas estupendas. He visto a los hombres cambiar de pelo, de fisonomía y de conciencia.

No son así los árboles que ofrecen todos los años los mismos frutos y las propias hojas, picadas por los silfos.



Sé que hay quien pide peras al olmo, constancia a la cochote y adhesión perpetua a los parásitos y a los cortesanos; pero aunque me presenten el injerto del olmo de Jauja, la cocotte inmortalizada por Dumas y los ministros del rey que rabio, no lograrán convencerme de que piden lo que puede dar la naturaleza.

Hay una razón en pro de los que tal creen: Las aficiones que se inician en la primera edad se acentúan en la plenitud de la existencia.

Domiciano atravesaba moscas con alfileres y las perseguía aún con su estilete ciñendo la corona del imperio. Casi todos los jóvenes comienzan persiguiendo mariposas multicolores en la campiña y acaban por perseguir mujeres hermosas en los salones y en las alamedas.

Hay algunos que se entretienen en clavar hombres como si fueran insectos y en poner trampas a sus semejantes como si se las pusieran a los pájaros.



De esa madera salen los duelistas, los diplomáticos y los conquistadores.

El inventor del reloj dejó tamañito a Falaris, aquel tirano que tostaba a sus súbditos metiéndolos en un toro de bronce ardiendo.

Esas agujas puntiagudas destinadas a señalar con imperturbable calma las horas que pasan para no volver, son áspides que nos complacemos en abrigar en el bolsillo de nuestro chaleco.

Los tomadores nos hacen un gran favor cuando logran librarnos de uno de esos vampiros mecánicos, encerrados en cajas de plata y oro y destinados a chupar las horas de nuestra existencia.

Hay hasta quien les suelte un agente de policía.

Esto no hubiera pasado en Esparta, donde era permitido robarlo todo menos los relojes.

Para los que gozan no existe el tiempo. Recuérdense la piadosa leyenda del monje que paso su vida oyendo el canto del ave del paraíso.

Que el tiempo no existe puede probarse metafísicamente, siempre que hagamos abstracción del que empleamos en probar este aserto.

¿Qué es el pasado? Lo que no pasa ya. ¿Qué es el presente? lo que está pasando. ¿Qué es el porvenir? lo que pasara.

Pues si lo que fue no es, lo que es está dejando de ser al propio tiempo, y de lo que será no puede decirse que sea, ¿en dónde está el tiempo presente?

Yo conocí un filósofo que se murió queriendo investigar la causa de la vida; él me conto el cuento de la esfinge plantada en el sendero de las tumbas y abriendo el libro del porvenir a los muertos.

Pero voy a callar antes de que me digan *que estoy metafísico*. No quiero, como Enrique Heine, hacer nido en la peluca de los filósofos.

Suenan las doce. El año nuevo se entra por las puertas o por las ventanas con su cortejo de ninfas juguetonas. Las unas cubiertas con la careta de carnaval, las otras ceñidas con el cilicio de la santa semana; estas coronadas con las rosas de abril, aquellas mostrando las campanillas tristes que han recogido en el cementerio.



Mi vecina Laura, interesante joven a la que devora una pertinaz calentura, siente el tic-tac del reloj cercano y el repetido golpear de la campana.

¡Qué felicidad! Asoma el año nuevo.

Sobre el guarda-joyas brillan sus diamantes, cerca del piano entreabierto se ve su traje de raso blanco y su sombrerillo adornado de plumas y flores: ¡qué de triunfos para cuando luzca el sol! ¡Qué de cuidados cuando amanezca!



Y amanece, y se escabullen los tristes sueños, y mi vecina, que esta pálida como los nardos que perfuman su gabinete, se levanta trémula del lecho.

Las músicas que atruenan las calles, regalan sus oídos dulcemente; el volteo de las campanas ensancha su pecho destrozado por una tosecita pertinaz y fastidiosa

La camarera alisa sus rubios cabellos y coloca sobre sus hombros el peinador blanco como el campo de la nieve. Su novio ha de llegar aquel día de lejanas tierras y quiere mostrarse engalanada y hermosa.

Aún no ha concluido su tocado cuando el cartero llama a la puerta.

Presenta su tarjeta con filete de oro en señal de felicitación cumplida y entrega una carta voluminosa que ha cruzado el océano.

Mi pobre vecina se pone lívida y rompe la nema sollozando.

La misiva es un poema de amor en el que se han apurado todos los matices de la amargura y todas las galas del deseo; el nombre de la joven esta repetido cien veces; la firma parece estar borrada por las lágrimas.

He aquí su última línea: *No puedo verte hasta el año próximo.*

La niña arroja lejos de sí los prendidos y las flores y pide a su camarera una taza de tisana.

Entretanto el sol se remonta, las músicas se acercan cada vez más; a las puertas de la casa resuenan los pífanos y las panderetas.



Todo parece que grita en torno: *Tengan Vds. felices Pascuas.*

BENITO MAS Y PRAT.

Diciembre 1882”

Hasta aquí llegué; no podía tener mejor final literario el del año 2017 que se va. Solo nos queda abrir nuestros corazones al 2018 que viene y al que deseamos nos traiga la salud, trabajo, paz y amor que deseamos todos los que de verdad amamos, no solo a la vida, sino los unos a los otros.

Y cuidado con ***Tientapanzas***, ese personaje antiguo e imaginario, tan ecijanista, que sólo en nuestra ciudad hacemos gala de él, y que a lo largo de la noche del día 31 de Diciembre, cuando ya estemos acostados sobre el lecho, irá casa por casa y, tras tocar el estómago de todos los ecijanos, comprobará nuestra repleta panza, y al mismo tiempo nos dirá a cada uno de nosotros, con voz dulce y armoniosa:

“Así todo el año”.

Dentro de la tristeza que me invade, os deseo un abrazo muy fuerte para todos.